

LOS INTOCABLES

POR ELIOT NESS
CON OSCAR FRALEY

(THE UNTOUCHABLES)

DIEZ HOMBRES HONRADOS

contra un mundo corrompido

De pronto, diez hombres aparecieron en la ciudad. No eran conocidos: tan sólo se sabía que aparecían y desaparecían en los lugares más oportunos y que no había manera de sobornarlos. Aquello era extraño en una ciudad como Chicago en 1920. La ciudad atravesaba enfebrecida la locura alcohólica. Estaba proclamada la famosa "Ley Seca". Pero el alcohol era solicitado y traficado por elementos fuera de la ley que ya antes se habían especializado en el juego y el vicio.

Como es natural, bastaba la "prohibición" para que aquellas gentes sintieran la insaciable necesidad de beber alcohol. Era una generación con boca de papel secante y pagaban por cualquier bebida el precio que los ocultos traficantes les impusieran.

Pero los traficantes ampliaron los límites de sus negocios y comenzaron a hacerse ellos mismos la guerra: Se sucedían los asesinatos y los años "secos" de 1920 a 1933 presentaban con demasiada frecuencia el espectáculo de los tiroteos callejeros y fueron no pocas las personas a las que se proporcionó el célebre "vicio sin regreso".

Enseñada hubo un hombre que se alzó con el poderío en aquel escenario de

crimenes: el hombre de la cara cortada. Al Capone, Chicago era su feudo, pero pronto se impondría a toda la nación.

Cuando el "reinado" de Al Capone parecía inderrocable, los hombres que veían por la ley se vieron obligados a intervenir. Por su parte, los amos del vicio se ahorraron los millones de dólares que distribuían para hacer callar a los vigilantes.

Y entonces fue cuando apareció en escena un hombre honrado que tuvo que trabajar con tesón en diversos puestos del Departamento de Justicia de los Estados Unidos: Era Eliot Ness, 1'83 de alto, y con nervio y coraje suficiente como para terminar con el imperio del crimen.

Lo primero que descubrió Ness fue que en Chicago, donde tanto alcohol ocultaba, apenas si existían denuncias ni detenciones. Fue la suya una furia fría y contenida: formó el grupo de los diez hombres, entre los que figuraba Jamie, jefe de investigadores de "Los Seis Ocultos".

Fueron la pesadilla para Chicago. El imperio de Al Capone sucumbió. Los diez hombres probaron estar por encima de las balas y del soborno. Hoy son conocidos en el mundo entero por "Los Intocables".

Un hombre de veintiséis años concibe el plan para acabar con la corrupción

Lo que escribieron "Los Intocables":
ELIOT NESS

Eliot Ness no ha sido una sombra, una ficción. Existió. A Eliot Ness se le conoció primero como jugador de tenis, durante su estancia en la Universidad. Era hijo de un panadero emigrado de Noruega, de donde también era su madre. Estudió en Chicago y se graduó en Comercio y Administración de empresa.

Los que le conocieron aseguran que era un hombre sereno, cordial y afectuoso. Pero no había forma de doblegarlo cuando se trataba de castigar el crimen o la injusticia. Por eso Eliot, aquel excelente muchacho jugador de tenis en la Universidad, tuvo bien pronto una ocupación sin tregua: le había tocado vivir en la oscura ciudad de Chicago del año 1929. Una ciudad atemorizada, casi aplastada por una mano cuajada de brillantes de un asesino con la cara cortada. Un hombre tristemente conocido hoy por todo el mundo: Al Capone.

Pero Eliot nunca estuvo sólo para presentar su guerra sin fronteras al vicio. En su equipo figuraban Marty Lahart, Tom Seager, Tom Friel, Bill Garner, Robsky, Cloonam, Lecson, King... Muchos nombres que fueron resumidos en uno solo: "Los Intocables". Eran rectos, leales y capitaneados siempre por Eliot Ness.

Un día, la lucha de Chicago quedó terminada: la ciudad había quedado barrida de criminales. Entonces Eliot Ness se trasladó a Cleveland: pero para seguir su pelea y expulsar de su trono al más poderoso de los criminales. Con 32 años fue el jefe de Policía más joven que tuvo la ciudad. Llegó más tarde a ser director federal de la División de Protección Social del Departamento de Defensa. Y en recompensa por su labor, en 1946, recibió de la Armada una mención honorífica.

Al fin se retiró: tras la guerra, se dedicó a los negocios y en plena actividad, le sorprendió la muerte en 1957, a los 54 años. Una corta edad con una historia abarrotada de gestos heroicos que llegarían a convertirse en leyenda. América nunca ha olvidado al hombre que luchó implacable contra el vicio y la corrupción.

OSCAR FRALEY

Comenzó a trabajar desde muy joven en el periodismo. El captar la

(Continúa en pág. trece)

CHICAGO ERA ENTONCES LA AUTENTICA CIUDAD MALDITA

La tarea era difícil y peligrosa: la ciudad estaba dominada por la ilegalidad y el crimen

El humo de los cigarrillos colgaba en una densa nube azul sobre la grande y pulida mesa. A su alrededor, unos hombres escuchaban a otro, alto y descarnado, con mentón cuadrado. Sobre la mesa, los ceniceros, llenos de colillas, traicionaban las emociones internas del pequeño grupo.

Aquellos hombres tenían toda la razón, pensé, pues eran los «Seis Ocultos», más formalmente conocidos como el Comité Cívico para la Prevención y el Castigo del Crimen, organismo especialmente creado por la Asociación del Comercio de Chicago.

Ellos eran la única esperanza de una ciudad asustada que luchaba débilmente en una tela de araña de bombas y balas, alcohol y asesinatos. Una ciudad gobernada por los cuchillos, pistolas, escopetas, metralletas «Thompson» y granadas de mano, familiarmente llamadas «piñas»; una selva de acero y cemento oprimida con firmeza en la mano gorduzuela y tachonada de brillantes de un asesino llamado Al Capone... Tal era Chicago en el año 1929.

Sin embargo, aquellos seis hombres estaban apostando sus vidas, desarmados, para lograr lo que tres mil policías y trescientos agentes de la «prohibición» no habían conseguido realizar: liquidar completamente una asociación criminal que pagaba con dólares a los ambiciosos y con la muerte a los ambiciosos en demasía, o a los incorruptibles.

Movieron la cabeza en lúgubre afirmación al escuchar al hombre alto que estaba expresando su determinación. El orador era Robert Isham Randolph, presidente de los «Seis Ocultos». Su voz se hizo áspera cuando declaró:

—Chicago tiene la administración municipal más corrompida y degenerada que jamás ha maldecido a una ciudad... Una alianza político-criminal formada entre una administración civil y un bajo mundo cubierto con pistolas para lograr la más impune explotación de la ciudadanía. Sus nudillos golpearon la mesa con fuerza.

—No hay en Chicago un negocio, una industria que no esté pagando su tributo, directa o indirectamente, a los chantajistas y bandidos. Sé que ustedes están de acuerdo, caballeros, en que debemos invertir cualquier cantidad de dinero que se necesite para poner a estos malhechores donde deben estar.

Cuando la reunión terminó,

sentí una admiración tremenda hacia Randolph.

LOS AGENTES DE LA «PROHIBICION»

Fue por medio de Jamie, famoso como «policia honrado» desde hacia mucho tiempo

nos encontramos con un hombre de aspecto simpático, que respaldado de placer y se detuvo para darnos la mano.

—Bien, bien, Joe Reilly, el sabueso legal —saludó Alex, sonriendo—. Joe, quiero que conozcas a Eliot Ness, el her-



Al Capone, a la izquierda, en los buenos tiempos, cuando era el dueño y señor de la ciudad de Chicago y, asesorado por sus abogados —uno de ellos aparece acompañándole en la foto—, se burlaba constantemente de la ley.

(Foto Europa Press)

po, como logré entrar en la reunión. Jamie era mi cuñado y hacia poco que había abandonado el Departamento de Justicia, donde yo era agente todavía, para convertirse en jefe de investigadores de los «Seis Ocultos» mientras estos presionaban para conseguir una acusación de conspiración contra los bandidos que controlaban Chicago.

Cuando nos retirábamos,

mi mejillas. Las palabras de Reilly me avergonzaron y humillaron y pude sentir como una cólera ardiente burbujaba en mi interior.

—Calma Eliot —me recomendó Jamie, conduciéndome hasta la puerta—. Mira, realmente no puedes culpar a esta organización porque tenga esas ideas sobre los agentes de la «prohibición».

Mis palabras brotaron acaloradamente: —Pero, ¿porqué me escogió a mí? ¿Piensan acaso que todos estamos podridos y recibimos dinero de sus sobornos?

—Mira, Eliot, yo sé que eres honrado —dijo Jamie—. Pero te asombraría saber las cosas que hemos descubierto desde que iniciamos nuestra investigación. Tenemos que sospechar de todo. Vamos a tomar una taza de café y te diré algunas cosas que te abrirán los ojos.

LAS GANANCIAS DE AL CAPONE

Cuando estuvimos sentados en un rincón aislado de un restaurante cercano, Jamie agitó su café pensativamente durante unos minutos. Yo permanecí en silencio, en espera de que ordenara sus pensamientos. De pronto, levantó la cabeza y me señaló con su cuchara.

—Tuy bien, —me dijo—, así que tú te indignaste porque no tenemos en un concepto muy elevado a los hombres de la «prohibición». Pues verás; lo siento, pero, hemos estado haciendo una investigación gigantesca que nos ha llevado a conocer cosas realmente increíbles.

Prosiguió, ya con más impulso:

—Mirando sólo desde el aspecto de la «prohibición», dejando a un lado asesinatos y otros delitos, ¿creerías que la banda de Al Capone, calculando por lo bajo, tuvo ingresos de cerca de ciento veinte millones de dólares el pasado año?

La cifra era asombrosa. Iba a contestar algo, pero Jamie me obligó a callar, enarbolando su cuchara.

—De acuerdo con nuestras estimaciones, veinticinco millones corresponden a las apuestas en pistas de galgos, hipódromos y toda clase de juego, diez millones al vicio y a los salones de baile, diez millones a otras actividades delictivas...

Hizo una pausa, como para dar mayor énfasis a la última cifra y añadió:

—Lo cual significa que, sólo con la cerveza y el alcohol, ganaron el año pasado unos setenta y cinco millones de dólares.

Permanecí silencioso, dirigiendo aquellas cifras, mientras él hacía otra pausa para tomar un sorbo de café. Sabía que las operaciones de dólares eran gigantescas, pero esa era la primera vez que las oía traducidas a dólares. La voz de Jamie me obligó a prestar atención nuevamente.

—Serán nuestros informes, sólo la banda de Capone tiene,



Eliot Ness, (interpretado por Robert Stack), agente de la Prohibición, de veintiséis años de edad, creador de un plan capaz de limpiar, en poco tiempo, los bajos fondos de Chicago.—(Foto Europa Press).

cuando menos veinte fábricas de cerveza a pleno rendimiento. Cada una de ellas produce cien barriles al día, a cincuenta y seis dólares cada uno. Eso suma ciento veinte mil al día y se supone que trabajan trescientos sesenta y cinco días al año.

«Manejan el alcohol a través de estas fábricas y su sistema de distribución, en forma de ginebra, whisky y otros licores —continuó—. De acuerdo con nuestra información, no hacen los licores fuertes ellos mismos. Los compran a la Mafia quien, a su vez, tiene que usar las líneas de distribución de Capone para venderlos. Sin embargo, como los licores fuertes son un producto mucho más costoso, es de suponer que el volumen de su venta, en dólares, es análogo al que proporciona el negocio de la cerveza.

La cuchara de Jamie me lanzó nuevas estocadas.

—Así que estimamos que el volumen semanal de ventas de alcohol de la banda de Capone es de más de un mi-

lón de dólares —la voz de Jamie se hizo cortante—. Y sin embargo, nadie pone un dedo sobre ellos.

—Tú sabes muy bien por qué —protesté—. Están «cuntando» demasiadas manos. Cada vez que hacemos una incursión han sido avisados, tal vez por alguien de nuestra misma organización, y cuando llegamos, los pájaros han volado. Y cuando hacemos un arresto, ¿qué sucede? De sobra lo sabes tú: el caso no llega al Juzgado.

Jamie movió la cabeza afirmativamente.

—No es extraño, porque aquí hay algo más, Eliot. Calculamos que alrededor de una tercera parte de los ingresos del alcohol y la cerveza —unos veinticinco millones de dólares al año— están siendo destinados para pagar sobornos y protecciones. De esta manera compran mucha e inoportuna ayuda.

—De mí no —repliqué.

—Lo sé —admitió Jamie sonriendo—, pero tú sabes

(Continúa en página trece)